

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Víctor M. Molina
Por la Facultad

Juan Girelli
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Enrique Loudet
José H. Porto
Por la Facultad

Francisco M. Alvarez
Amadeo P. Barousse
Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto
Alfredo Bonfanti
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

ENERO DE 1933

SERIE II, Nº 138

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Luis Roque Gondra

Moral y Economía

SUMARIO. — La Economía política y la actividad diaria. La Economía política y los problemas del Estado. Errores corrientes: necesidad de rectificarlos. — El problema, separación arbitraria de la Moral y la Economía. Teoría de Marshall, Pantaleoni y Pareto. — La conducta económica. Imposibilidad de separar de ella la calificación moral. — La Moral y la Economía en la ética aristotélica. — El problema científico de la Economía. Una profunda observación del cardenal Newman; la ley de los grandes números, y la ley individual. — Si se prescinde de la Moral no hay leyes económicas. No existe, por consecuencia, una ciencia que las estudie. — El elemento moral es, pues, esencial en todas las cuestiones económicas. — El error de los especialistas: no ven sino fuerzas materiales; y no arbitran sino medidas materiales. — El contagio del materialismo histórico: concepción falsa, grosera, y mezquina. Las crisis económicas. La crisis actual. — Necesidad de las fuerzas espirituales para arbitrar una verdadera solución a la misma.

Si se preguntase a un profano su opinión sobre los síntomas o sobre el tratamiento de una enfermedad cualquiera, respondería sin vacilar, seguramente, que, no siendo médico, no tiene ni puede tener opinión alguna sobre el punto. Análoga respuesta daría, si se le pidiese opinión sobre algún punto de astronomía, o sobre un teorema de mecánica racional. Si, en cambio, se requiere a un individuo cualquiera, ya se trate de un humilde artesano, de un encumbrado personaje, de un político militante de mucha taracea o de un profesor con todos los requilorios del oficio, que opine sobre la crisis y sus remedios, por ejemplo, lo hará sin la menor vacilación, aunque jamás

haya saludado ni a la distancia los principios de la economía política, invocando para ello su observación propia y su personal experiencia, contra las teorías y los libros; como si las teorías y los libros, cuando son buenos, fuesen otra cosa que observación y experiencia de muchas generaciones y de muchos hombres de ciencia.

Esta diversidad de actitudes se debe tal vez a que la medicina, la mecánica y la astronomía son ciencias de tradición muchas veces secular, y por esto mismo, respetables y hasta temerosas para el profano; mientras que la economía política es una ciencia un tanto *advenediza*, algo así como una *parvenue* que se ha entrado de rondón en un círculo de matronas tan respetables como las otras ciencias nombradas, y que no cuenta en su abolengo sino títulos de muy baja ralea. Y acaso sea esta peculiaridad de la ciencia económica, el motivo por el cual sienten tanta inclinación hacia ella todos los advenedizos de la cultura intelectual: todos los que sin más bagaje que unas cuantas nociones mal adquiridas en enciclopedias y diccionarios de tres al cuarto, arremeten contra todo linaje de cuestiones, y opinan *de omnibus rebus*, con la intrepidez característica del sectarismo y de la ignorancia.

Hay, además, otra circunstancia que concurre a explicar aquella diversidad de actitudes. Mientras la mecánica y la astronomía no nos tocan sino muy remotamente, y la medicina guarda relación muy estrecha con algo tan precioso como la conservación de la vida, la economía política nos toca por manera inmediata en nuestros intereses materiales, en nuestros medios de subsistencia, vale decir, en cosas acerca de las cuales no podría prestarnos asistencia ninguna, de ordinario, el auxilio de un técnico o de un hombre de ciencia. Y así, en tanto que no experimentamos la necesidad de la astronomía o de la mecánica en nuestra vida diaria, y comprendemos la de los auxilios del médico para el restablecimiento de nuestra salud, desarrollamos nuestra actividad económica normal, sin sentir la necesidad de los auxilios o de los consejos de un técnico.

Pero de tal peculiaridad de nuestra conducta económica normal u ordinaria, deducimos con frecuencia una conclusión falsa, es a saber, que todo cuanto atañe a la actividad económica de la sociedad, o de su órgano más importante, el Estado, es cosa tan simple y llana como nuestra propia actividad personal, y, en consecuencia, cosa sobre la cual podemos opinar y resolver, sin necesidad de un estudio científico y de una metodología especialmente adecuada. Y así resulta la economía

política como una ciencia infusa, esto es, como una ciencia que Dios nos ha infundido a todos, como nos ha dado la vista o el oído.

La economía política es, pues, a lo que parece, una ciencia universal y, al propio tiempo, una ciencia de moda. Opinan sobre todo cuanto a ella se refiere, así los criados, y los mozos de cordel, y los parroquianos de las tabernas, como los viejos y los mozos de los círculos aristocráticos, que, por vivir en una ociosidad elegante, o en la existencia borrascosa de las malas pasiones o de los vicios costosos, se creen superiores a los primeros en toda forma de cultura o de capacidad intelectual. Y de tal suerte, todos “echan su cuarto a espadas”, según suele decirse, y recetan su plan para remediar la crisis, en el que a veces disimúlase hábilmente, con los artificios del interés público, la manera de salir (el autor del plan) de las propias dificultades y embrollos financieros.

De aquí nacen infinitos errores y equívocos. Hubo quien dijo, por ejemplo, en un discurso parlamentario que tuvo su resonancia — porque para pescar trocatinas regocijantes, no hay como echar la línea en el diario de sesiones—, que Marshall, el ilustre rehabilitador de David Ricardo, el que puso en claro, precisamente, la verdad profunda y general de los grandes teoremas ricardianos, había sido, del punto de vista científico, algo así como su sepulturero; y que por tanto después de Marshall, ya no era lícito citar a Ricardo. Refieren también nuestras crónicas parlamentarias, que el corifeo mayor de nuestro socialismo, hablando por boca de otro, como suele ser de rigor, seguía colgando a Carlos Marx, cierta ley histórico-económica, como en el novelón de Dumas, veinte años después de haber protestado el propio Marx contra semejante atribución, diciendo: yo no soy marxista. Declaración muy poco lisonjera para la mentalidad de los marxistas. Por algo, propuso Marshall entre burlas y veras, formar colecciones variadas de disparates y trocatinas, extraídos de discursos parlamentarios, mensajes gubernativos, editoriales periodísticos y libros socialistas, para ejercitación y esparcimiento de los estudiantes de economía.

No es raro que estos errores se cometan hasta en obras de mérito, para las que, sin embargo, el elemento económico es cosa puramente accesoria o de poco momento, cuando en libros de la materia, y hasta en tratados magistrales, el prejuicio filosófico, el sectarismo antirreligioso, la falsa preocupación de objetividad científica, y una supuesta necesidad de

separar distintos campos de observación, que se interpreta de modo harto arbitrario, inducen a sus autores a defender ahincadamente, con verdadera porfía, proposiciones no sólo desmentidas por los hechos, pero también reñidas con la sana lógica. Tal, por ejemplo, la que, so pretexto de deslindar, como se ha dicho, campos distintos de observación científica y, correlativamente, el lado ético del lado económico de la conducta, separa caprichosa y erróneamente la moral de la economía.

EL VERDADERO CONTENIDO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

1. El problema que ahora entramos a considerar ha preocupado a los más grandes maestros de la ciencia económica. Ya en el prólogo que puso a la primera edición de sus *Principios de Economía*, en 1890, escribió Marshall: las fuerzas éticas no han de pasar inadvertidas para el economista. Cier-to es que se ha intentado construir una ciencia abstracta, en relación con los hechos de un *hombre económico* que no obedece a influencias éticas, y persigue el lucro pecuniario con entereza y energía, si bien en forma mecánica y egoísta. Pero esos intentos no han tenido éxito, ni se han llevado a cabo de modo completo, pues en realidad nunca han tratado al hombre económico como un ser perfectamente egoísta: lo han representado pasando trabajos y sacrificándose por hacer provisión de bienes para su familia, y entre sus móviles normales, se han incluido las afecciones familiares".⁽¹⁾

2. Como puede verse, Marshall no considera que la ley moral sea de la esencia del acto económico; y sólo por un motivo de mera utilidad o conveniencia científica, esto es, para no apartarse mucho de la realidad, admite que para definirlo hay que tomar en cuenta las que con mucha impropiedad llama *fuerzas éticas*. Por esto, entrando en materia dice que la economía "estudia los estados mentales en sus manifestaciones más bien que en sí mismos... No trata de pesar el valor real de los afectos más elevados de nuestra naturaleza en contraposición a los inferiores, no pone de un lado de la balanza el amor a la virtud y de otro el deseo de un alimento agradable. Aprecia los incentivos de la acción del mismo modo que lo hace el vulgo en la vida normal"⁽²⁾. Su observación es,

(1) A. MARSHALL, *Principles of Economics*, prólogo de la 1ª edición.

(2) A. MARSHALL, *Op. cit.*, cap. II, párrafo 1.

pues, insuficiente y mezquina, por cuanto se inspira en un criterio puramente pragmático, entendido a la manera del filósofo americano James, y no ahonda, buscando las raíces mismas del concepto.

3. Según Maffeo Pantaleoni, entre los contemporáneos, el más eminente intérprete de la tendencia hedonista, la economía política no estudia un fenómeno en sí distinto del que también tratan la moral, el derecho y la filosofía. Como ellas trata del hombre, de sus acciones, de las causas de las mismas, de los objetos que busca, rechaza, transforma, etc.''; pero en esas acciones considera exclusivamente la ley del mínimo medio, esto es, la realización de la hipótesis hedónica, según la cual, el hombre trata de alcanzar el máximo de placer o de beneficio, con el mínimo de dolor o de costo. Y si al definir la hipótesis del hedonismo, introduce algunos elementos al parecer de orden moral, es porque, según razones biológicas que analiza minuciosamente, aquella hipótesis debe tomar en cuenta el que denomina *egoísmo de especie*, por contraposición al *egoísmo individual*, que acarrearía la destrucción de aquélla. Como quiera que sea, se trata siempre de un concepto de puro egoísmo. ⁽³⁾

4. Vilfredo Pareto, por su parte, define la economía política como la ciencia de la *ofelinidad*; neologismo introducido por él en la ciencia, con el que se expresa la relación de conveniencia que motiva el hecho de que una cosa satisface una necesidad o un deseo, "sea o no legítimo". Distingue, pues, la ofelinidad de la utilidad económica, entendida como bienestar material del individuo o de la sociedad, y se para por consecuencia la economía política de la moral. ⁽⁴⁾

5. Como se ve, la hipótesis del *homo economicus* como quiera que se le defina, esto es, como un ente mecánico que se mueve de conformidad a la hipótesis hedónica, siguiendo siempre la línea de menor resistencia, en la tarea de alcanzar el máximo de beneficio con el mínimo de sacrificio, y con muy pocos o sin ningún género de escrúpulos morales, es para los tres economistas contemporáneos de mayor autoridad, el punto de partida de la ciencia económica; y se halla, explícita unas veces, implícita otras, en todos sus razonamientos,

(3) M. PANTALEONI, *Princ. de Economía Pura*, págs. 16 y 30. Trad. castell.

(4) V. PARETO, *Cours*, vol. I, párrafos 4-9.

como se la descubre también en las construcciones teóricas de la economía clásica u ortodoxa.

Aun del punto de vista meramente pragmático, esa hipótesis es superflua, porque sus consecuencias prácticas son nulas, como el propio Marshall lo reconoce. Pero además entraña un error fundamental que vamos a poner en claro.

EL PUNTO DE PARTIDA DE LA CIENCIA ECONÓMICA

6. Como muchas otras ciencias, y acaso con mayor motivo que ellas, la economía política, en cuanto estudia fenómenos muy complejos, requiere como punto de partida una hipótesis sencilla, desde la cual la investigación, por *aproximaciones sucesivas* — tal es su método, como en esta parte, de ella y de las ciencias físico-matemáticas —, acércese gradualmente a la realidad, por aquello de que los nudos es menester desatarlos uno a uno. De ahí la división de la ciencia económica en economía pura y economía aplicada. “La primera se representa, dice Pareto, por una figura que no contiene sino las líneas principales; agregando a ella los detalles obtiéndose la segunda” (5). Pero de tal exigencia del análisis científico, no se deduce que sea lícito separar el elemento moral del elemento económico de la conducta. Antes al contrario, para definir de una manera rigurosa el acto económico, es menester considerarlo como acto moral; porque de otro modo, aquel acto se desnaturaliza y deja de ser un fenómeno de observación científica.

7. Los elementos mismos de la hipótesis, esto es, los caracteres de este hombre fingido por la economía pura, cuyos móviles serían exclusivamente económicos, tienen un contenido moral. “La economía no ignora, dice Marshall, el lado mental y espiritual de la vida; por el contrario, aun para los fines especiales de los estudios económicos, es importante saber si los deseos que prevalecen son de tal índole que puedan ayudar a formar un carácter enérgico y honrado”. (6)

Pantaleoni, por su parte, al delimitar el campo de la actividad económica, empieza por excluir de él, la fuerza, la intimidación, el fraude y el engaño, en suma, lo que forma el sistema de pillaje o depredación, esto es, el sistema que deno-

(5) PARETO, *Manuel d'Econ. Politique*, parágrafo 146, París, 1909.

(6) MARSHALL, *Op. cit.*, vol. I, pág. 38, trad. castellana. Barcelona, 1931.

mina parasitario de adquisición de la riqueza. “La víctima de una depredación, agrega, o una víctima anterior a ella debe haber adquirido las riquezas con métodos que no hayan sido depredadores; esto es, la depredación presupone un sistema precedente que no ha sido depredador” (7). La zona de los actos económicos es, por lo tanto, una zona contractual que no comprende sino actos morales.

8. No hay manera de substraerse a la disyuntiva: o los actos económicos presentan cierta uniformidad, vale decir, se hallan regidos por leyes, y en tal supuesto son actos esencialmente morales; o se admite que los actos económicos son distintos de los actos morales, separándose la moral de la economía, y en tal supuesto no presentan uniformidad; no se hallan regidos por leyes. En otros términos, o el acto económico es un acto moral, y hay leyes económicas; o el acto económico es distinto del acto moral, y no hay leyes económicas. No hay, pues, otro medio de justificar la existencia de una disciplina científica denominada *economía política*, de una ciencia social que estudia la actividad económica de los hombres y las leyes que la rigen, sino admitir que el acto económico es un acto moral. La hipótesis es legítima, porque coincide aproximadamente con la realidad, en cuanto ésta es el reinado del orden y de la ley. Por el contrario, si el acto económico y el acto moral se disocian, la realidad es el reinado del desorden y de la anarquía, como se verá.

9. De nada valdría negar la existencia de leyes económicas y reducir la economía política a una simple historia económica, como ya lo pretendió la escuela historicista alemana, a mediados del siglo XIX, y como parece que lo intentan de nuevo, renovando la vieja querrela sobre los métodos, algunos economistas americanos, partidarios entusiastas de la que llaman *economía dinámica* (8). La afirmación es errónea, y nace de una confusión deplorable entre el conocimiento empírico y abstracto de los hechos, y los hechos mismos a que aquel conocimiento se refiere. Negar la existencia de leyes económicas valdría tanto como pretender que la sal, por ejemplo, para unos hombres es dulce, y para otros por el contrario salada. Aun cambiando de signo a estas ecuaciones de

(7) PANTALEONI, *L'atto economico*, en *Erotemi di Economia*, vol. I, pág. 85, Bari, 1925.

(8) Cf. E. L. MOORE, *Synthetic Economics*, págs. 11 y sig. Nueva York, 1929.

la sensibilidad, y cualesquiera que fuesen los nombres con que las designásemos, siempre sería verdad que hay sensaciones uniformemente dulces y saladas. Por otra parte, si la ciencia fuera simplemente una historia económica, sería forzoso distinguir los actos económicos beneficiosos, de los actos nocivos; y a poco que el análisis se extremara, veríase que los primeros son actos morales y actos inmorales los segundos, sin que de ningún modo sea lícito, del punto de vista histórico, confundir unos con otros.

10. "Por leyes naturales, dice Newman, entiendo el hecho de que las cosas acaecen lógicamente, según cierto encadenamiento de circunstancias y no al azar; que ellas siguen un orden como todas las cosas en el universo; que están unidas y son individuales. La idea de orden implica necesariamente cierta repetición, sea de las cosas, sea de sus atributos o relaciones. Es así, por ejemplo, cómo podemos hacer la experiencia de la regularidad de nuestras funciones físicas... la necesidad regular y renaciente de comer y beber; estados consecutivos de vigilia y sueño, de juventud y otras edades" (9). De tal reinado del orden nace precisamente, de una manera compatible con la libertad de nuestro albedrío, la regularidad de la conducta económica, la existencia de leyes económicas y de la necesidad y la justificación de la economía política como ciencia.

La ley natural inserta en la naturaleza racional y libre del hombre, no es una ley fatal: consiste, por el contrario — como enseñaba Santo Tomás de Aquino —, en una tendencia intelectual infalible a afirmar ciertos principios de razón; en un impulso que, sin forzar la voluntad, la incline hacia el verdadero bien conocido por la razón. La expresión de esta ley en el hombre es la ley *natural*; pero su necesidad no es absoluta, sino que se halla subordinada a una condición. Así, cuando se dice que estamos sometidos a un deber, no se afirma que nuestra voluntad está como *determinada* fatalmente; porque la necesidad así entendida excluye la libertad. La necesidad de observar la ley no es una necesidad *física*, sino una necesidad *moral* que deja intacta la indeterminación del libre albedrío (10).

(9) J. H. CARDINAL NEWMAN, *An essay in aid of a grammar of assent*, pág. 68, Longmans, Green y Co, Nueva York, 1930.

(10) INST. SUP. DE FILOSOFÍA UNIVERS. DE LOVAINA, *Tratado Elemental de Filosofía*, vol. II, págs. 229 y 230, Barcelona, 1927.

11. La ley moral es, en efecto, compatible con el reinado universal de la ley. Una y otra, la ley moral y la ley general o universal, armonizan maravillosamente, por acción recóndita de coincidencias, observa profundamente Newman, cuya ley a su vez ignoramos. “Llamo accidentes, del reinado universal de la ley, porque, cada uno, separadamente, se halla en relación con una ley, y no se ha descubierto aun la ley de semejantes coincidencias... Un hombre que muere atropellado por un carruaje, en la calle, es víctima de la ley en cierta medida, y es lo normal. Cruzaba la calle, era miope, distraído, miraba hacia otro lado, era sordo o enfermo, y el caballo del carruaje iba con mucha velocidad. Dadas estas circunstancias, el hombre debía ser atropellado, y hubiera sido un milagro que no lo fuese. No hay nada en ello que no sea perfectamente natural; pero es menos fácil explicar cómo todas esas circunstancias coincidieron en un caso particular. Ese hecho concreto no cae bajo ninguna de las leyes que rigen las muertes súbitas... De nada serviría referirse a la ley de las probabilidades, porque esta ley no opera sino sobre medias, no se detiene ante individuos.”⁽¹¹⁾

ECONOMÍA Y MORAL

12. La economía política, como ciencia, examina minuciosamente la actividad económica del individuo, de la familia, del Estado y de otras formas de las agrupaciones humanas, que son como sus elementos primordiales, cualitativos; pero considera también fenómenos cuantitativos, a saber, variaciones de demandas y ofertas, costas y precios, y determina entre ellos relaciones de causalidad e interdependencia, verificando uniformidades, esto es, leyes económicas, que se refieren a fenómenos medios y valores aproximados más probables de los mismos. Tal es la idea de orden a que, como se ha visto, Newman se refiere: orden que implica necesariamente cierta repetición, sea de las cosas, sea de sus atributos o relaciones.

13. Ahora bien, esas leyes se verifican en zonas perfectamente determinadas de la actividad humana, en las cuales según se ha dicho, el acto económico es un acto moral. En efecto, como ya observaba Aristóteles, la vida humana es actividad conforme a la razón, actividad en su mayor excelencia.

(11) NEWMAN, *op. cit.*, pág. 84.

cia de virtud, como es obra del citarista el tocar la cítara, y del eximio citarista el tocarla bien. Y la virtud perfecciona el acto propiamente humano, cuando es hábito que torna en bueno al hombre; porque, como una golondrina no hace verano, un solo día y un solo acto de virtud no hacen al hombre virtuoso.⁽¹²⁾ Pero la virtud no puede repudiar al placer, pues éste se halla como inserto en la propia actividad del hombre. En otros términos, el hombre, naturalmente, tiende al placer y rehuye el dolor. Sin embargo, agrega el estagirita, el placer no es lo que tal parece al torpe y al malvado, como no se juzgan sanas, dulces o amargas, las cosas que tales parecen a los enfermos; como no se juzga blanco el color que tal parece a unos ojos atacados de oftalmia. El placer es, para Aristóteles, la más alta perfección del acto sensible; y esta perfección se verifica en sumo grado, cuando el sentido es óptimo y actúa en relación a un objeto óptimo. El placer perfecciona el acto, como una acentuación final que sobreviene de igual manera que la belleza en la edad florida.⁽¹³⁾

Como puede verse, Aristóteles formula con claridad admirable la teoría fisiológica de la emoción, esto es, del placer y del dolor, que forma como el fundamento de la actividad económica, y que constituye por tanto uno de los elementos de la conducta; pero al definir el orden moral, relega el placer y el dolor a la posición subordinada que respecto a la conducta les corresponde. Su genio evitó el escollo en que cae la trivialidad materialista, al confundir o estimar como equivalentes el estímulo fisiológico y el fenómeno psicológico que le es concomitante.

14. Según lo que nos enseñan la psicología y la fisiología, las emociones del hombre sano y normal son tales, que el placer le conserva, y el dolor en cambio le destruye su organismo. Las del enfermo, el vicioso o el degenerado, por el contrario, son tales que el placer le destruye y el dolor le conserva el organismo. Basta recordar los casos del alcoholista y del morfínmano, por ejemplo, que hallan placer en el vicio que les acarrea la muerte; y sufren con el tratamiento que lo extirpa y les restituye la salud. La moral, por una parte, y la fisiología y la anatomía, por otra, concurren a demostrar, pues, que si los hombres obran económicamente por soberbia, lujuria, ira, gula, pereza o avaricia, y si, por otra

(12) ARISTÓTELES, *Ética nicomaquea*, I, vii, 9-16.

(13) ARISTÓTELES, *op. cit.*, X, iii, 2-13, iv, 8-6.

parte, se cuentan entre los actos económicos, los del malvado, el vicioso, el enfermo y el degenerado, lo que para unos es placer, es dolor para otros, lo que para unos es bueno, para otros es nocivo; toda uniformidad desaparece de la conducta económica; no hay, en consecuencia, leyes económicas, y la necesidad de una ciencia que las estudie, deja de existir.

El bienestar que el hombre tiene por fin no es el exclusivamente material. Si así fuera, su gestión económica sería muy poco más que un instinto sin otro fin que la conservación y reproducción de la especie; y no diferiría por tanto del instinto de las bestias. El bienestar material, esto es, la satisfacción moderada de nuestros gustos y necesidades, es parte integrante y condición necesaria pero no suficiente, de su verdadero bienestar, es a saber, del bienestar espiritual que consiste en el desarrollo de su actividad, conforme a la razón. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”⁽¹⁴⁾. El objeto propio de la voluntad es el bien. Donde quiera que la voluntad sospecha su presencia, o dondequiera que la inteligencia le revela su imagen, la voluntad tiende espontáneamente hacia el bien.⁽¹⁵⁾

No existe, pues, esta forma indiferente o amoral de la actividad humana, que Croce denomina “económica”, pretendiendo distinguirla de la moral.⁽¹⁶⁾ Sería, por consiguiente, tarea demasiado inútil y prolija, la de repetir aquí la prueba de que no hay actos indiferentes, vale decir, actos que no son ni buenos ni malos. “Levantar del suelo una pajueta no implica, de sí, relación alguna de conformidad o de oposición al orden moral trazado por la sana razón. Mas si se considera el acto deliberado en su individualidad y sobre todo en relación con el fin que toda voluntad reflexiva persigue, tendremos que concluir que el tal acto entra necesariamente dentro del orden moral”⁽¹⁷⁾. En consecuencia, o los actos económicos son actos de cordura, esto es, actos conformes a la sana razón, y por tanto, actos morales o no son actos conformes a ella y, como actos inmorales, dejan de ser actos económicos. Como el propio Pantaleoni lo reconoce, la actividad económica excluye los sistemas parasitarios y depredatorios de ad-

(14) *Deuter.*, VIII, 3.

(15) INST. SUP. DE FILOSOFÍA UNIVERS. DE LOVAINA, op. cit., vol. II, páginas 222 y 224.

(16) B. CROCE, *Filos. della Pratica*, págs. 213 y sig., Bari, 1915.

(17) INST. SUP. DE FILOSOFÍA UNIVERS. DE LOVAINA, op. cit., vol. II, página 225.

quisición de la riqueza, esto es, excluye los actos inmorales. Yo diría, por mi parte, que la zona de la actividad económica, la zona donde se verifican las leyes económicas excluye los siete vicios capitales. De donde se infiere que la economía política es una ciencia moral, en cuanto estudia un orden de actividades íntima y esencialmente relacionado con la moral, vale decir, aquella parte de los hábitos y costumbres del hombre, que tiene por fin la satisfacción de sus necesidades y de sus gustos. En suma, los fenómenos económicos, por sus elementos cualitativos y por sus manifestaciones cuantitativas, pertenecen al orden moral por naturaleza y por definición.

15. Por esto, sin duda, ha escrito recientemente Pío XI, que: “las llamadas leyes económicas, fundadas en la naturaleza misma de las cosas y en las aptitudes del cuerpo humano y del alma, pueden fijarnos los fines que, en este orden económico, quedan fuera de la actividad humana, y cuáles por el contrario pueden conseguirse y por qué medios; y la misma razón natural deduce manifiestamente de la naturaleza individual y social del hombre y de las cosas, cuál es el fin impuesto por Dios al mundo económico”... “Una misma ley moral, agrega, es la que nos obliga a buscar derechamente en el conjunto de nuestras acciones el fin supremo y último, y en los diferentes dominios en que se reparte nuestra actividad, los fines particulares que la naturaleza, o mejor dicho, el autor de la naturaleza, Dios, les ha señalado, subordinando armónicamente estos fines particulares al fin supremo”.⁽¹⁸⁾

Desaparecen de tal manera las dificultades, verdaderas *aporias*, que constituyen la desesperación de muchos economistas, y que se traducen en una serie de ejemplos, materia de discusiones interminables, sobre si son o no actos económicos. La madre que asiste a su hijo gravemente enfermo, realiza un acto económico, porque cumple un deber moral; todo lo sacrifica por la salvación de aquél, desde que no hay para ella satisfacción comparable a la satisfacción de su amor maternal; y procede así, no por *egoísmo de especie*, como dice Pantaleoni, con harta impropiedad, sino por abnegación. El que para salvar a un hijo o a un amigo, arrójase al mar desde gran altura, realiza también un acto económico, porque cumple asimismo, como lo entiende y en la medida de sus fuerzas,

(18) Pío XI, *Carta Encíclica, Quadragessimo Anno*, pág. 19, B. A., 1931.

un deber moral. Pero la economía política no se ocupa de estos casos extremos. Como hemos dicho, sólo trata de fenómenos medios. Como quiera que sea, es evidente a todas luces que sus leyes y teoremas no dejan de verificarse en esos casos.

16. El gran escritor argentino, Juan Bautista Alberdí, vió con claridad este carácter moral de la ciencia económica. "El mal de la crisis, escribía en 1872, está en la ignorancia del origen moral de la riqueza y de la causa moral de la pobreza, que es doble vicio del ocio y del dispendio. Este vicio moral nace, agregaba, del error moral sobre el destino y fin de la vida social en el mundo; o lo que es igual, sobre el hecho en que consiste la felicidad y el bienestar del hombre sobre la tierra. Estudiando este punto de filosofía moral, fué cómo un profesor de Glasgow encontró la economía política moderna o la ciencia de las riquezas. Ese profesor se llamaba Adam Smith".⁽¹⁹⁾

Es cosa singularísima, en verdad, que una estimación tan certera sobre el carácter de la economía política y de las crisis económicas, nos venga de un escritor que no se distinguió por su espíritu religioso y que cayó algunas veces en la debilidad o en el error de atacar a la Iglesia católica. Y por esto mismo, conviene recordarla en estos tiempos de confusión y de miserias oligárquicas y demagógicas. Las crisis, en su aspecto económico, como las grandes mareas, son oscilaciones periódicas, hasta cierto punto normales, sobre las que influyen factores psicológicos y morales. Las ondas alternadas de optimismo y pesimismo, como suele decirse, que tanta influencia tienen sobre los movimientos del ahorro que afluye a la producción y se retira de ella, y, por consiguiente, sobre las crisis, son acaecimientos del orden moral, que, después de señalados, aunque de una manera imperfecta y vaga, echamos a menudo en olvido. Es harto frecuente, por desgracia, el caso de escritores que desconocen lastimosamente la substancia hondamente moral de los problemas sociales y económicos que las crisis plantean.

LA CRISIS ACTUAL TIENE CARACTERES PARTICULARES

17. A diferencia de las anteriores, la crisis actual presenta caracteres particularmente graves, por efecto de trastornos profundísimos que, preparados de largo tiempo atrás, ha

(19) J. B. ALBERDI, *Escritos Póstumos*, vol. I, pág. 46.

desencadenado en todo el mundo la gran guerra de 1914. Los esquemas y las figuras usuales de la economía política no bastan ya, por sí solos, para explicar la persistencia de la depresión, del malestar y de la inquietud que por todas partes se hacen sentir. Por prestar atención a los hechos materiales o económicos y a los acontecimientos políticos que de ellos dependen, y que las cancillerías, los financistas y los banqueros tratan afanosamente de orientar o dirigir, por medio de congresos, conferencias y negociaciones de todo linaje, olvidamos las fuerzas psicológicas y morales, empeñados en no ver sino lo que atañe a nuestros apetitos. La contaminación venenosa del materialismo económico y del materialismo filosófico, que suelen confundirse, inconscientemente o a sabiendas, en la obra de sembrar sofismas y de llevar a todas partes la confusión, se insinúa sutilmente hasta en el espíritu de propagandistas y escritores insospechables por su fe religiosa o por su autoridad científica.

18. Nada tan grosero y absurdo, en efecto, como la concepción materialista de la historia, base filosófica del marxismo, cuyo error fundamental consiste en invertir, caprichosamente y por motivos de propaganda ideológica y revolucionaria, el orden de la causalidad. Los medios materiales, decía Marx en su ridícula jergonza hegeliana, determinan los modos de producción y, en definitiva, toda la actividad del espíritu.⁽²⁰⁾ Pero el espíritu — esto no lo dicen los materialistas de la historia — crea los medios materiales de producción. Se cae así en un círculo vicioso, y, al rebajar de tal suerte la dignidad y la jerarquía del espíritu, poniéndole al nivel de los medios materiales de producción, se aprisiona la realidad en el sofisma de la frase vulgar, sobre si fué primero el huevo o la gallina. Hasta el propio Croce, materialista de la historia en sus tiempos juveniles, al desarrollar su doctrina de la necesidad-libertad; con la que pretende infructuosamente superar las que a su modo llama doctrinas del misticismo y del materialismo, se ve forzado a pesar suyo a reconocer la superioridad jerárquica del espíritu y, en suma, la libre fuerza creadora que domina sobre la necesidad y disipa de un golpe la inercia determinista.⁽²¹⁾

De tales premisas del marxismo resultan luego, entre un

(20) K. MARX, *Critique de l'économie politique*, pref., pp. V-VII, París, 1899.

(21) B. CROCE, *op. cit.*, págs. 117 y sig.

diluvio de sofismas y perogrulladas, la lucha de clases, el esperpento de la teoría marxista del valor, la supervalía, la acumulación capitalista, el endriago del capitalismo, coco de todas las comedias demagógicas, la mojiganga de *la baja tendencial de las ganancias*, y demás añagazas, con que los embaucadores del colectivismo deslumbran o corrompen a mozalbetes intonsos, y cosechan votos, y meten miedo a los pusilánimes.

Si la parte material o económica es lo substancial, según lo proclama enfáticamente esta concepción intestinal de la realidad, es natural que para sus adeptos el espíritu resulte muy poco menos que una regurgitación y el orden moral y las costumbres, cosa baladí o de ninguna importancia para la solución de los problemas sociales y económicos. La veneración y el temor de Dios, el deber de amar a Dios sobre todas las cosas, es para ellos una antigualla, cosa de mujerucas, de beatas o de curas, según suelen decir. La virtud de la caridad cristiana, la abnegación, la generosidad, no son deberes primordiales, son recomendaciones convenientes a lo sumo si se ha resuelto de antemano el problema del bienestar material. El hombre, a lo que parece, debe ser codicioso, brutal e implacable; debe luchar por la conquista de su bienestar, destruyendo sin escrúpulos a todos los que se interpongan por su camino; y si es fuerte y consciente, como dicen en su jerga bárbara los demagogos y los sectarios del extremismo, debe tener *ideales*, que se cifran de ordinario en la satisfacción de apetitos vegetativos, como conviene al grosero materialismo en que se inspiran.

19. Por su parte, los fariseos de la ciencia económica, que no faltan, nos hablan de un próximo derrumbamiento del mundo capitalista, de las grietas que por todas partes se abren en aquel mundo y amenazan su estabilidad; y por consecuencia, de la necesidad de apuntalarlo. Sus indicaciones y tratamientos son de orden puramente material, porque el problema, según ellos, es exclusivamente material o económico: error de especialistas, en que han caído hasta escritores de talla como Hartley Withers y Maynard Keynes. Toda la máquina del mundo contemporáneo, en su prodigiosa complejidad, todas las instituciones jurídicas, políticas y sociales que lo integran, los sentimientos profundos, hábitos y costumbres que lo sostienen, reposarían según esto sobre bases o cimientos materiales; y el problema se reduciría por consiguiente a las medidas económicas, esto es, puramente materiales, capaces de aumentar la resistencia de los cimientos, y por tanto, la estabilidad de la construcción sustentada por ellos.

La razón y la experiencia demuestran que no puede simplificarse tan antojadizamente el problema. Disociar la moral de la economía, vale decir, postular la existencia de una actividad económica, independiente de la moral, o si se quiere, de una moral utilitaria, es un absurdo; difundir durante años y décadas, desenfrenadamente, una doctrina que concluye transformando los apetitos, el egoísmo de especie o de clase, y hasta los odios de la turba, en normas éticas, es una incitación a la revuelta y al pillaje, cuyas tristes consecuencias empiezan a cosechar, poseídos de espanto, los mismos que la sembraron.

20. La crisis de hoy es, más que una crisis económica, una crisis espiritual. Lo que falla no es la solidez de la armazón material del mundo contemporáneo; no es la materia, que los hombres por designio de la Providencia, van sojuzgando cada vez más, y poniéndola al servicio de un bienestar gradualmente más humano y más general; no es la maquinaria, que el hombre va perfeccionando incesantemente. Falla el espíritu que se aparta de Dios, y pierde la fe y la confianza en su misericordia, y se entrega al desenfreno de la codicia, a la incontinencia de los goces puramente sensuales o materiales, que hacen al hombre, esclavo de sus pasiones y de los medios mecánicos con que persigue afanosamente la satisfacción de sus deseos. Falla la educación religiosa y moral, descuidada o abandonada por la educación puramente material o moderna, que no parece tener otra mira sino el culto de los sentidos y del vigor físico. Falla en fin, y por consecuencia, la democracia del gobierno representativo, que, transformada en demagogia, destruye las condiciones de elegibilidad y, por tanto, la jerarquía de los valores individuales, abriendo las más altas funciones públicas, indistintamente, a los Juanes Lanas aristocráticos y arrabaleros: a los unos, porque tienen fortuna, y a los otros porque tienen votos.

LA RAÍZ DE LA CRISIS SE HALLA EN EL DEBILITAMIENTO DEL
TEMPLE INDIVIDUAL

21. Un filósofo alemán contemporáneo, Karl Jaspers, observa que la raíz de la crisis se halla en el debilitamiento del temple individual del hombre, como consecuencia de la civilización mecánica y de los excesos de la nivelación demagógica. Los hombres que produjeron las máquinas, dice, eran hombres de verdad; pero las máquinas a su vez tienden a producir hombres en serie, hombres *standard*, que no son ya hombres

sino fantoches. Y éstos, a la larga, concluirán por destruir los frutos de la civilización mecánica. Esta degradación de valores humanos, agrega, encuentra su síntoma de mayor gravedad en la cultura, esto es, de todas las actividades espirituales, en aquella que debería precisamente proporcionar una reserva mayor de fuerzas de resistencia. ¿Cuáles son hoy, se pregunta Jaspers, las doctrinas sobre el hombre que gozan de mayor difusión? Una sociología de orientación marxista; una psicología entendida como psicoanálisis, una antropología, como doctrina de las razas. Diversas, una de otra, estas ideologías tienen, según Jaspers, propiedades destructivas o degradantes. El marxismo reduce toda la existencia espiritual a una superestructura; el psicoanálisis, a una sublimación de instintos brutales y morbosos, y hasta pretende trocar la cultura en una especie de neurosis. La doctrina de las razas, por último, implica un aniquilamiento de todos los valores espirituales de la historia. ⁽²²⁾

22. Anticipándose a Jaspers, escribía G. Forster en 1911: “La civilización moderna es, por sobre todo, una civilización técnica, ya que en la mayor parte de sus manifestaciones vitales domina el esfuerzo dirigido a investigar y domar la naturaleza externa. Ensalzamos los monumentos de nuestro señorío sobre las fuerzas de la naturaleza, celebramos nuestra edad, porque con el telégrafo y el teléfono, con los ferrocarriles y los veloces trasatlánticos, ha unido a los hombres entre sí; pero en realidad todas estas invenciones nos alejan a unos de otros. porque, en la furia afanosa de la vida moderna, no nos queda calma suficiente para reflexionar sobre nosotros mismos y sobre nuestros semejantes. Se ha perdido, pues, la subordinación de todo acto a los fines superiores de la vida; se han cancelado las diferencias entre lo accesorio y lo esencial; y por entre todo nuestro saber, se van difundiendo las concepciones cada vez más confusas del bien y del mal”. ⁽²³⁾

Poco tiempo antes había escrito: “Es mi convicción más firme que el movimiento obrero, no sólo por una consideración a lo que hay de superior en la vida, pero también en el interés de la propia obra de su organización, se verá obligado a reponer las fuerzas éticas en el altar, de donde Karl Marx

(22) Cf. *La Critica*, año XXX, fasc. III, págs. 208 y 210.

(23) F. W. FORSTER, *L'istruzione etica della gioventu*, trad. italiana, págs. 21 y sig., Torino, 1911.

las arrojó; y desde ese instante sentirá la necesidad de aproximarse a la religión cristiana".⁽²⁴⁾

23. Por último, Vilfredo Pareto, escritor que se distinguió por su incredulidad y, en ocasiones, por su falta de respeto a la Iglesia Católica, después de haber ensayado infructuosamente separar la moral de la economía, definiendo esta última, según se dijo, como ciencia de la ofelinidad, escribía en 1896: "el despilfarro de riquezas en nuestras sociedades es verdaderamente enorme. ¿Sería menor en un régimen socialista? Muy lejos está de haberse probado, semejante cosa. La causa principal de la destrucción de riqueza que sufren nuestras sociedades, se halla en los prejuicios y en los vicios, no sólo de las clases dirigentes, pero también de toda su población. *El estado social de un pueblo depende de su estado moral*". Frase de un manifiesto del Consejo de Estado de Vaud, que Pareto hacía suya. "El día en que las clases dirigentes de todos los pueblos europeos, concluía, les inculquen palabras tan elevadas y científicamente tan verdaderas, tendrán un bienestar que sobrepasará todas nuestras previsiones, sin necesidad de cambiar las bases sobre las cuales reposa la sociedad".⁽²⁵⁾

LA VISIÓN DE LEÓN XIII

24. A todos ellos se anticipó el gran pontífice León XIII. Ya desde los primeros días de su pontificado, señaló: "la insaciable codicia de bienes caducos y el desprecio de los eternos, llevada hasta el loco furor con el que se ve a cada paso a tantos infelices que no temen quitarse la vida; la poco meditada administración, la prodigalidad, la malversación de los fondos públicos, así como la imprudencia de aquellos que, con engañadora perfidia, quieren ser tenidos por defensores de la patria, de la libertad y de todo derecho; esa especie, en fin, de peste mortífera que llega hasta lo íntimo de los miembros de la sociedad humana, y que no la deja descansar, anunciándola a su vez nuevos acontecimientos y calamitosos sucesos... Esta época llena de perturbación y de ruinas, agregaba con gran clarovidencia, corre en derechura al precipi-

(24) F. W. FORSTER, *Cristianesimo e lotta di classe*, trad. italiana, pág. 200. Cf. G. MODUGNO, *F. W. Forster e la crisi dell'anima contemporanea*, págs. 17 y 110, Bari, 1931.

(25) PARETO, *Cours*, I, parágrafo 553, nota 1. La bastardilla pertenece al texto citado.

cio".⁽²⁶⁾ Pocos meses después, en el mismo año 1878, denunciaba la "pestilencia mortal del socialismo", cuando la crítica de los hombres de ciencia iniciaba apenas, tímidamente, la tarea de señalar sus errores y peligros.⁽²⁷⁾

Trece años más tarde, en la carta encíclica *Rerum Novarum*, definía la conducta económica en términos que son un modelo de sobria concisión y de claridad. "Las costumbres cristianas, decía, cuando se guardan en toda su integridad, dan espontáneamente alguna prosperidad a las cosas exteriores, porque hacen benévolo a Dios principio y fin de todos los bienes... Lo que más eficazmente contribuye a la prosperidad del pueblo, agregaba, es la probidad de las costumbres, la observancia de la religión y de la justicia, la moderación en el imponer y la equidad en el repartir las cargas públicas".⁽²⁸⁾

25. Como todos los grandes, León XIII, con la independencia y elevación de miras propias del vicario de Jesucristo y sin otro fin que el altísimo de llevar a toda la cristiandad la palabra verdadera, marchó por el terreno erizado de escollos de los grandes problemas sociales y económicos, sin que las brozas del camino le hiciesen mella. Sigamos, pues, por la senda que trazó, absteniéndonos, como él, de condenar instituciones que no tienen en sí mismas nada de contrario a las doctrinas de la Iglesia. Así nos amonesta a que lo hagamos, Pío XI, al enseñarnos que: "la libre concurrencia, encerrada dentro de ciertos límites, es justa y sin duda útil", como también, que el régimen capitalista, que tanto empeño ponen en minar o destruir los adeptos del comunismo, "no puede condenarse por sí mismo, y en realidad no es por su naturaleza vicioso".⁽²⁹⁾ Coincide así con las enseñanzas de la ciencia verdadera. Si el problema, más que formas de organización social y económica, es de moral y de costumbres, como en definitiva lo reconoce Pareto, inculquemos a los pueblos esta verdad, y tendrán un bienestar que sobrepasará todas nuestras previsiones, sin necesidad de cambiar las bases sobre las que reposa la sociedad.⁽³⁰⁾

(25) Encíclica del 21 de abril de 1878. LEÓN XIII, *Encíclicas de Su Santidad el Papa*, págs. 4 y 7, Madrid, 1880.

(27) Encíclica del 28 de diciembre de 1878, op. cit., pág. 23.

(28) Pág. 31. Cito la versión castellanada editada en Buenos Aires en 1891.

(29) Pío XI, Encíclica *Quadragesimo Anno*, págs. 39 y 43.

(30) PARETO, *loc. cit.*

